

DIACRONÍAS EN NEGATIVOS DE CAMPAÑA: UN RECORRIDO POR LA HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA ARGENTINA DEL NOROESTE ARGENTINO A TRAVÉS DE SUS FOTOGRAFÍAS DE TRABAJO DE CAMPO ENTRE LOS AÑOS 1905 A 1930

María José Saletta

AIA-CONICET

Este artículo se propone indagar el proceso de conformación de la arqueología argentina, como disciplina así como de su objeto de estudio, mediante el análisis de su desarrollo histórico en el Noroeste argentino (en adelante NOA) entre 1905 y 1930, a partir de las fotografías que registraron el trabajo de campo de trece expediciones organizadas por el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ellas se busca rastrear si, durante el período relevado, hubo variaciones en las prácticas de los investigadores que indiquen el inicio de la aplicación de principios derivados del positivismo y del razonamiento inductivo. En trabajos previos (Saletta 2010, 2011) se presentó un análisis del total de la muestra de imágenes de trabajo de campo de las expediciones organizadas por el Museo Etnográfico durante ese mismo período. En ambos artículos se buscó rastrear la existencia de un habitus de visión disciplinar y, de existir, si éste reflejaba la objetivación del artefacto arqueológico por sobre sus relaciones contextuales. En cambio, en la presente investigación el objetivo consiste en analizar si durante los veinticinco años analizados se inició el proceso de sistematización -el disciplinamiento de la arqueología- en los métodos de trabajo de campo registrados en las fotografías y en el uso de la misma como registro "objetivo" de ese trabajo de campo.

El objetivo de este artículo es indagar sobre proceso de conformación de la arqueología argentina como disciplina así como también la de su objeto de estudio, en la región del Noroeste argentino (en adelante NOA) entre los años 1905 y 1930. Para ello se analizaron, cuantitativa y cualitativamente, 165 fotografías que fueron tomadas en trece expediciones organizadas por el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en ese lapso a dicha región. Las 165 imágenes de trabajo de campo arqueológico fueron analizadas utilizando 18 variables a

través de las cuales se buscó identificarse durante el período relevado se produjo el inicio del proceso de disciplinamiento de la arqueología. Como indicador de dicho disciplinamiento se consideró que se evidenciaría diacrónicamente un aumento en la estandarización y sistematicidad del trabajo de campo arqueológico - el qué se registraba- y del registro visual de dicho trabajo- el cómo se registraba-. Los resultados indican que solo puede corroborarse, para ese período, el inicio de estandarización de la toma fotográfica arqueológica evidenciado por la menor variabilidad

de tipos de toma registrados - el cómo del registro visual del trabajo de campo-. Sin embargo, no se demostró una mayor sistematización del método de excavación arqueológico -qué era lo registrado- ya que no se evidenció un aumento de imágenes que registrasen contextos y métodos de excavación. Tomado en conjunto, esto sería un indicador de que la discusión teórico-metodológica aun no había llegado a imponer criterios de disciplinamiento que fueran registrados en la fotografía.

Antecedentes y conceptos teóricos

Historia de la arqueología argentina

Varios autores han examinado la historia de la arqueología argentina en el NOA (Fernández 1982, Madrazo 1985, Haber 1994, Olivera 1994, Nastri 2004a y 2004b, Ramundo 2007). Cada uno de ellos se ha concentrado en ciertos aspectos del desarrollo de la arqueología como disciplina científica (cronología, producción académica, publicaciones, inserción institucional, contexto sociopolítico, desarrollos teóricos, etc.). Dada esta pluralidad de intereses, al analizar la historia de la arqueología estos aportes pueden considerarse como complementarios.

Fernández (1982) distinguió seis etapas de desarrollo a partir de: (a) las prácticas de los propios investigadores, lo que el autor denominó “la suma metodológica” (Fernández 1982:15) y (b) el tipo de organismo o institución -si lo hubo- en el que se desarrolló la investigación arqueológica. Dichas etapas son: *a) arcaica o documentativa (1516-1871)*, *b) la arqueología heroica (1872-1900)*, *c) la arqueología en la universidad (1901-1925)*, *d) de consolidación universitaria o transicional (1925-1949)*,

e) prolegómenos de la arqueología científica (1949-1960) y *f) la arqueología científica o profesional (de 1961 en adelante)*. La etapa relevante para nuestro artículo es la denominada *arqueología en la universidad (1901-1925)*. Ésta se caracterizó por: (a) la creación de materias relacionadas con la arqueología -en general, dentro de la carrera de Historia, (b) la formación de institutos y museos de antropología y arqueología dependientes de universidades, (c) investigadores mayoritariamente argentinos, y (d) financiación estatal de las instituciones, investigaciones y campañas (Fernández 1982).

Fernández también articuló cada una de las etapas mencionadas con el peso relativo que las corrientes de pensamiento “historicista o papelista” y “naturalista” habían tenido en cada una de ellas (Fernández 1982: 48). Según el autor, la corriente *historicista o papelista* puso más énfasis sobre el estudio de las crónicas como apoyo de los estudios arqueológicos. En cambio, la corriente *naturalista* dirigió su atención a los métodos derivados de las ciencias naturales, en particular la geología y la estratigrafía y, según Fernández, partía de postulados evolucionistas. De manera acertada, Fernández no realizó un corte determinante entre las corrientes de pensamiento de cada etapa, sino que marcó la continuidad entre algunas de ellas y las articuló como períodos o modalidades que permiten observar los matices que cada uno de los autores presenta en su producción arqueológica. Pero, tal como explicó Fernández -y cómo se verá en el caso bajo análisis- la separación entre etapas no es neta o absoluta sino que los límites pueden ser superpuestos, difusos y las características de una etapa pueden continuar en la próxima (1982:16). Es por esto que, cuando sea necesario,

nos referiremos a la continuidad de factores desde las etapas anteriores y hacia las etapas posteriores. A los efectos de circunscribir el período estudiado, Fernández resulta, pues, pertinente sobre todo por la importancia que le otorga a los ámbitos académicos (universitarios) para el disciplinamiento de la arqueología argentina.

En su trabajo, Fernández no tomó en cuenta las condiciones sociales, políticas e ideológicas imperantes en Argentina en cada una de las etapas, lo que impide situar el desarrollo científico como parte del avance de la sociedad en su conjunto (Bourdieu 1990). En nuestro país la creación de disciplinas científicas —entre ellas la antropología y la arqueología— tuvo una estrecha relación con el proceso de formación del Estado-nación, ya que el contexto de generación de su campo de conocimiento era político e ideológico, además de científico. Era político porque respondía a intereses de las elites nacionales sobre el poder y la apropiación de un espacio físico, en este caso el del NOA. Era ideológico, porque esa apropiación física contemporánea a las expediciones científicas tenía su correlato de justificación en la apropiación simbólica del pasado que se debía asentar sobre bases científicas y de progreso acumulativo de conocimiento (Podgorny 1999, Pegoraro 2005).

Otro autor que incorporó la dimensión política, ideológica y económica a su estudio de la historia de la arqueología argentina es Madrazo (1985). En él, Madrazo presentó una articulación de la práctica arqueológica vinculada directamente con los avatares de la historia política, social e ideológica de nuestro país. En su disección de la historia de la arqueología argentina analizó las siguientes etapas: *a) de signo positivista (1865-1930), b) de orientación histó-*

rica (1930-1955), c) de modernización universitaria y creciente apertura teórica (1955-1966), d) de censura (1966-1972), e) de subordinación a la práctica política (1973-1974), f) de ataque frontal a las ciencias sociales (1975-1983).

Para caracterizar la primera etapa —que toma un rango temporal muy amplio—, Madrazo analizó la parte teórico-práctica y el sustrato político, ideológico y social que hicieron posible el desarrollo de la antropología y la arqueología como disciplinas científicas. Respecto de esta etapa, que incluye el período tratado en este artículo, Madrazo señaló que las perspectivas ideológicas de la época respondieron a los lineamientos liberales e individualistas enrolados en la concepción de progreso cultural unilineal y que consideraban a Europa y Occidente como la culminación más exitosa de ese proceso. Para este autor, la falta de un desarrollo teórico explícitamente arqueológico fue suplida con el uso de las ciencias naturales en su variante positivista más ingenua, como modelo del método científico. Fue este método, en conjunción con la aplicación de la teoría de la evolución, lo que le confirió un esqueleto teórico-metodo-lógico a la práctica de la arqueología (Madrazo 1985). El autor insiste en señalar que en un principio la práctica de la antropología y la arqueología se produjo dentro del campo de las ciencias naturales, regidas en ese entonces por una concepción epistemológica empirista en la que primaba la observación de lo concreto y la descripción minuciosa del mundo “real”. Sin embargo, como también señalan Haber (1994) y Fernández (1982), tales principios epistemológicos empiristas y positivistas no fueron aplicados homogéneamente por todos los investigadores de la etapa, sino que fueron parte de un proceso lento de sedimentación de los límites disciplinarios; como veremos

en este trabajo, la fotografía fue en parte protagonista de este proceso.

Sucesos de la arqueología argentina

La mayoría de los autores que han hecho periodizaciones de la historia de la arqueología argentina establecen el carácter mucho más científico de la disciplina recién a partir de la década de 1950, con la introducción del carbono 14 como método de datación (Fernández 1982, Madrazo 1985, Haber 1994, Olivera 1994, Nastri 2004a y 2004b, Ramundo 2007). Sin embargo, los primeros investigadores argentinos a fines del siglo XIX y principios del XX hacían ciencia según los cánones de la época y su método se reducía a realizar observaciones rigurosas sobre el mundo real guiados por una epistemología de carácter inductivo, empirista e interpretativo. Por otra parte, en ese momento la formación científica no estaba unida ineludiblemente a la formación universitaria. Un científico no debía ser, de manera obligatoria, un graduado universitario de una carrera afín al tema de investigación y se podían encontrar científicos autodidactas (como lo fue Florentino Ameghino a fines del siglo XIX). De hecho, la carrera de antropología no se fundaría en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Plata hasta cincuenta años después (1958).

Como otros autores ya han señalado (Ramenofky y Steffen 1998) la delimitación del objeto de estudio es uno de los primeros pasos en la constitución de una disciplina científica, aunque este no es un hecho que suceda repentinamente y de una vez para siempre sino que forma parte de un continuo dentro del transcurrir de la ciencia. Sin embargo, es posible establecer dentro de este proceso ciertos límites analíticos que nos permitan abor-

darlo de manera comprensible. Dichos límites pueden tener cierto grado de arbitrariedad pero necesariamente deben tener un anclaje empírico sostenido por la información bajo estudio (Kuhn 1971; Hempel 1978).

En consonancia con lo arriba expuesto, consideramos –junto a otros autores– que la creación del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires marcó el inicio de una etapa diferente (Haber 1994, 1999, Podgorny 1999, Pegoraro 2005). Después de su fundación en 1904, ordenada por Norberto Piñero, entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el Museo Etnográfico comenzó a organizar las primeras expediciones arqueológicas. Juan Bautista Ambrosetti fue nombrado su director y dirigió las primeras ocho campañas. A su muerte en 1917, su único discípulo directo Salvador Debenedetti asumió la dirección del museo y de las expediciones hasta su repentino fallecimiento en 1930. Ambrosetti dirigió ocho y Debenedetti diecisiete, lo que suma veinticinco expediciones en el lapso de veintiséis años. Las expediciones fueron integradas, con preferencia, por profesores y estudiantes de la Facultad, que cursaban materias de arqueología (Podgorny 1999). Además, sus expediciones tuvieron la particularidad de estar abocadas exclusivamente a la arqueología (excavar sitios, recolectar artefactos y restos humanos) sin conjugarlas con intereses geológicos o paleontológicos. La meta de estas expediciones arqueológicas era el conocimiento de las poblaciones indígenas anteriores a la llegada de los europeos (Pegoraro 2005).

La elección de los sitios donde se realizaban las expediciones estaba sujeta a una serie de factores entre los que se pueden enumerar: las noticias de

descubrimientos de sitios y/o objetos arqueológicos, información proveniente de fuentes históricas y financiamiento externo a la universidad -mecenazgo de personajes políticos o coleccionistas privados- (Podgorny 1999). Por ejemplo, la primera expedición a Pampa Grande (1906) se realizó luego de que Indalecio Gómez, un político y diplomático argentino, donara al Museo una colección de objetos que habían sido extraídos de ese sitio que se encontraba dentro de su propiedad. La expedición fue promovida por este mismo coleccionista, quien también brindó parte de los recursos necesarios para el financiamiento de dicha expedición (Fernández 1982; Podgorny 1999, Pegoraro 2005).

Las expediciones realizadas por el museo tenían como objetivo principal la recolección de objetos arqueológicos (Fernández 1982, Podgorny, 1999). Estos objetos servían a dos fines. El primero era científico y académico: conocer más sobre el pasado prehispánico. El segundo, de carácter más político y social, tenía que ver con el prestigio del Museo Etnográfico y con la posibilidad de intercambio institucional con otros museos. En efecto, el tamaño de la colección del museo estaba en directa asociación con su prestigio y el de sus miembros (Pegoraro 2005). Además, poseer gran cantidad de piezas arqueológicas permitía intercambiar con otros museos del mundo y así lograr la exhibición de la historia humana en toda su extensión “universal”. Así mismo, el tamaño de estas colecciones no sólo aumentaba con las expediciones y el intercambio de piezas con otros museos, también se adquirían piezas mediante la compra a coleccionistas y la donación de colecciones por parte de privados. Algunas de estas colecciones eran provistas al museo por algunos autores (Haber 1994; Podgorny

1999) han llamado los *naturalistas viajeros*, entre ellos Carlos Ameghino y Antonio Pozzi o, en tiempos anteriores, Francisco Moreno o Estanislao Zeballos. Se denominó así a los investigadores que eran enviados por los museos para recolectar piezas o fósiles sólo con el fin de aumentar las colecciones. Esto sucedió sobre todo en los museos dedicados en gran parte a las ciencias naturales, como el Museo de La Plata y el de Historia Natural de Buenos Aires. Otras colecciones se integraban a los museos por medio de mecenas que financiaban expediciones y donaban parte de sus colecciones a los museos, como el mencionado Gómez o Benjamín Muñiz Barreto, otro conocido coleccionista (Fernández 1982, Haber 1999, Podgorny 1999).

Podemos establecer entonces una relación entre la creación del Museo Etnográfico, el inicio del proceso de delimitación de un campo de trabajo disciplinar, la necesidad de conocimiento científico del pasado precolombino, la gestión de las expediciones dirigidas hacia donde ese pasado se hacía más tangible para los observadores de ese periodo histórico (1900-1930) y la necesidad de recuperar ese pasado en la forma de objetos arqueológicos, que además justificaran la existencia del museo recién creado.

En la práctica de las expediciones,

“...lo que a nosotros nos importa es considerar la vida extinguida en esa comarca apartada, detenernos cuidadosamente sobre sus ruinas, extraer los tesoros de sus ciudades muertas, sacar a la luz del día sus yacimientos funerarios y, procediendo á su estudio, desentrañar entre sus confusiones caóticas el alma de sus pueblos que, como nido de cóndores, se asentaron un día sobre la cumbre de los cerros fragosos cuyas laderas carcome y derrumba en constante trabajo el Río Grande de Jujuy.” (Debe-

nedetti, 1910:5).

Tal era la función de los arqueólogos: desentrañar lo que ya no estaba mediante el estudio de los objetos y llegar al “alma” de unos pueblos que, supuestamente, ya se habían extinguido en esa tierra.

Nos proponemos analizar las variaciones diacrónicas y el proceso de disciplinamiento de la arqueología argentina durante ese período entre 1904 con la fundación del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras y la muerte de su segundo director Salvador Debenedetti en 1930. Durante este lapso el museo realizó 25 expediciones arqueológicas a diferentes partes del país, de las cuales hemos podido relevar las fotografías de 13 de ellas (ver apartado Metodología). Si bien estos 26 años son sólo un fragmento menor dentro de un proceso más largo, consideramos que dichos años conforman el período de la constitución inicial de la arqueología en el ámbito académico y universitario. A su vez, pensamos que es posible, durante este lapso, observar en las fotografías el inicio de un proceso de delimitación de la arqueología como disciplina científica.

Conceptos teóricos desde de la fotografía

La fotografía es un artefacto de cultura material (Ruby 1996; Fiore 2002; Alvarado 2007) y, en cuanto producto del quehacer humano, se la puede analizar desde una perspectiva arqueológica. Como todo producto humano, la fotografía no es ingenua ni se encuentra despojada de intencionalidad y significado, por lo que para su análisis necesariamente se debe adoptar una postura crítica. En otras palabras, no se la debe considerar una tecnología libre de posi-

ciones subjetivas, tal como fue concebida en sus inicios, cuando se la creía capaz de representar objetivamente la realidad (Gernsheim 1986). La evaluación crítica de la fotografía debe pasar por contemplar a todos los actores relacionados con la toma de una fotografía: quien la toma, qué o a quién/es se retrata, así como la situación de retrato y para quiénes/qué público se la realiza; de otro modo se corre el riesgo de caer en una interpretación de la fotografía que considere a los sujetos (fotógrafos, retratados y público) como pasivos y a quienes se les niegue su capacidad de acción (Fiore 2002, 2005; Kossoy 2001).

Varios autores han trabajado con la teoría de la fotografía (Barthes 1995, Bourdieu 1998, Kossoy 2001, Fiore 2002); sin embargo, a los fines de este artículo mencionaremos sólo a Bourdieu (1994, 1998, 2007), quien se ocupó de examinar especialmente la relación entre objetividad y realidad en la fotografía y los usos sociales de las visiones fotográficas (Bourdieu 1998). Según este autor, una primera aproximación revela que *“...la fotografía fija un aspecto de lo real que nunca es el resultado de una relación arbitraria y, por ello mismo, de una transcripción: entre todas las cualidades del objeto, sólo son retenidas aquellas [cualidades] visuales que se dan en el momento y a partir de un punto de vista único; estas son transcritas en blanco y negro [sic] generalmente reducidas y siempre proyectadas en el plano.”* (Bourdieu 1998: 135).

Es decir, el carácter “verdadero” y “real” atribuido a la fotografía en sus comienzos se debe a la manera de encuadrar las imágenes según las normas de la perspectiva renacentista, que emplea las leyes tradicionales de la ortometría. Para Bourdieu, las imágenes que no responden a esta lógica son generalmente

descartadas por la mayoría de los fotógrafos, no porque no sean menos “reales” que las otras, sino porque no concuerdan con las reglas tradicionales de representación visual de Occidente. Así pues, la visión plasmada en la fotografía responde a la visión clásica y hegemónica del mundo.

Según Bourdieu, de acuerdo con las normas sociales que orientan la práctica fotográfica, la mayoría de los fotógrafos capta el mundo del modo en que lo ve. El carácter de “objetivo” que el realismo ingenuo otorgó a la fotografía proviene de que las reglas mismas de composición fijadas en las tomas corresponden a una definición social de cómo debería ser la visión “objetiva” del mundo (Bourdieu 1998). A ello se suma su génesis mecánica, el otro aspecto de este acuerdo social sobre la supuesta objetividad atribuida a la fotografía en sus inicios.

La definición social de la visión objetiva del mundo es parte de lo que Bourdieu (2007) denomina *habitus* (esto es, el conjunto de prácticas estructuradas y estructurantes de una sociedad). El propio autor utiliza este concepto (Bourdieu 1994) para referirse al campo científico. Según Bourdieu, cada campo científico/disciplinar genera sus principios organizadores de representación de sus prácticas, según aquello que el consenso entre científicos considera pertinente representar. Por lo tanto, a medida que la constitución de una disciplina se va tornando más estructurada, sus participantes consensúan y legitiman ciertas formas de representación de la práctica por sobre otras. En la fotografía científica, esta legitimación se expresa en lo que denominamos aquí *habitus de visión* – una amalgama del *habitus* de Bourdieu y la noción de *visión del mundo*– de determinado campo disciplinar. Este *habitus de visión* se puede definir como el modo

consensuado de representación fotográfica de la evidencia material arqueológica. Implica todas aquellas maneras, tácitas y explícitas, de capturar en una imagen el proceso de trabajo arqueológico en el campo y en el laboratorio, y determina qué se debe mostrar y cómo. En arqueología, el *habitus de visión* consolidado pasa a formar parte del método del registro arqueológico.

Para este autor, “el análisis estético de la gran mayoría de obras fotográficas puede legítimamente reducirse, sin caer en el reduccionismo, a la sociología de los grupos que las producen, de las funciones que les asignan y de las significaciones que les confieren, explícita y, sobre todo, implícitamente.” (Bourdieu 1998: 23). De esta manera, en este artículo se analizará de qué manera se puede observar la incipiente formación disciplinar en el modo en que los investigadores decidían representar el trabajo de campo científico a través de un *habitus de visión*, identificable a partir del análisis de sus fotografías de campo. Al mismo tiempo, se indagará cuáles de los elementos de la epistemología positivista/empirista y de la base de su razonamiento inductivo se tradujeron en las imágenes tomadas del trabajo de campo, y si es posible rastrear la variación diacrónica producto de la discusión entre los investigadores.

Conceptos teóricos desde la arqueología

Para Haber (1994), el carácter más palpable del comienzo del autorreconocimiento de la arqueología como disciplina científica sucedió en 1905, cuando el Museo Etnográfico (dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) condujo la primera de las expediciones a la región

del Noroeste dirigida por su director, Juan Bautista Ambrossetti. Este museo fue el primero dedicado únicamente a colecciones etnográficas y arqueológicas y funcionó, además, como un centro de formación universitaria en antropología (Podgorny 1999). Se diferenciaba así de otros de los museos de la época (el Museo de La Plata y el de Historia Natural de Buenos Aires), pues separaba el estudio de materiales culturales del de materiales naturales y se dedicaba con exclusividad al estudio y exhibición de los “objetos etnográficos”, según consta en el decreto del decano Norberto Piñero de la Facultad de Filosofía y Letras (publicado en Podgorny 1999).

Esta institucionalización de los saberes es una de las maneras de rastrear la formación de los límites entre disciplinas (Foucault 2000). El Museo Etnográfico representaría así el primer paso en la construcción institucional de la disciplina arqueológica, tanto en sus prácticas de exhibición de objetos como en sus prácticas de campo, orientadas a la adquisición de estos.

En otro trabajo, Haber (1999) analizó también la construcción epistemológica de la arqueología argentina y su ruptura metafísica entre la arqueología y la historia. El autor postuló que la arqueología definió su objeto de estudio como si su naturaleza estuviera dada por la “*la completa autonomía de objeto respecto del sujeto cognoscente*” (Haber 1999:130), lo que denominó *la externalidad del objeto*. Esto se complementa con lo mencionado anteriormente por Madrazo (1985) para la misma época, sobre el empleo de una epistemología empirista-objetivista.

Esta epistemología presuponía que la cuidadosa descripción, medición y observación del objeto en su realidad material externa al investigador, era lo que permitiría “descubrir” lo que éste tiene

para decir. Este enfoque empirista iba acompañado por una postura que identificaba, de manera exclusiva, al hecho que produjo al objeto con su realidad material y no se cuestionaba la valoración ontológica que se encuentra implícita en cualquier afirmación científica (Clark 1993). Es nuestro objetivo determinar si durante el período analizado en este artículo la fotografía del trabajo de campo fue capaz de registrar esta externalidad del objeto y cuál fue el papel que jugó la imagen fotográfica dentro de este proceso de consolidación de los límites disciplinares.

Juan Bautista Ambrossetti poseía una formación científica general habiendo abrevado del método de las ciencias naturales pero también del estudio del folklore (Ambrossetti 2005 [1893], Haber 1999, Nastri 2003). Por lo tanto, en su práctica arqueológica Ambrossetti tuvo una base epistemológica empirista e inductiva que conservaba de su breve contacto con la botánica. Consideraba que los patrones observados en la evidencia arqueológica eran intrínsecos a ella misma y que sólo a través de una cuidadosa observación por parte de los investigadores estos podrían ser develados (Ambrossetti 1906). Por lo tanto, metodológicamente, Ambrossetti era un arqueólogo de la observación. Esto se puede corroborar en sus publicaciones, marcadamente descriptivas, sobre Pampa Grande (Ambrossetti 1906) y La Paya (Ambrossetti 1907), sitios ubicados en la provincia de Salta. Estas publicaciones constituyen inventarios de objetos arqueológicos encontrados durante la excavación.

La marcada presencia de la descripción no le restó lugar a la interpretación de esos hallazgos, basada en ideas implícitas y aplicación de fuentes históricas; sin embargo, primó siempre la idea de

que una mayor cantidad de información -traducida en mayor cantidad de objetos- permitiría aumentar el conocimiento. Los objetos se clasificaban sobre la base de atributos estilísticos y morfológicos, realizando valoraciones estéticas ancladas en las tradiciones europeas. La ausencia de formulación de hipótesis a contrastar también da cuenta de un empirismo ingenuo. La inducción operaba al considerar que los datos obtenidos eran inherentes a los objetos en sí, lo cual les permitía “hablar” por sí mismos.

De esta manera, la base epistemológica positivista, empirista y la utilización de un razonamiento inductivo del primer director del Museo Etnográfico le debió haber impreso a las expediciones y al registro de imágenes del trabajo de campo los principios derivados de estas corrientes de pensamiento. Entre ellos, se debe haber destacado la preeminencia del registro de los materiales arqueológicos (artefactos, ecofactos y estructuras) y la realización de excavaciones sistemáticas acordes con los más avanzados métodos de excavación utilizados hasta el momento. De hecho, la utilización del sistema de seriación de Petrie –utilizado para la datación relativa de tumbas en Egipto y considerado entonces como el más confiable– le permitió a Ambrosetti realizar la primera seriación de la cerámica del NOA (Fernández 1982).

Sin embargo, al igual que cualquier progreso en las ciencias, el proceso de disciplinamiento no debe ser analizado como producto de un quiebre instantáneo, sino que debe haber tenido su diacronía. Lo propuesto por Haber (1994) para la arqueología de Catamarca en el período 1875-1900 (previo al que abarca este trabajo) puede otorgar una herramienta conceptual más para analizar la preeminencia del empirismo/positivismo en las expediciones del Museo Etno-

gráfico. Haber, para quien se trata de una etapa *predisciplinar o liminar* (entendiendo este último término como sinónimo de prólogo de la formación disciplinaria de la arqueología), analizó los supuestos teóricos y metodológicos de entonces, así como la demarcación del objeto de estudio de la disciplina en formación (1994: 31). Según este autor, hubo una baja autorrepresentación de los investigadores, fenómeno evidenciado por la poca discusión sobre los diversos enfoques teóricos propuestos por cada uno de los ellos en sus producciones académicas escritas. Esto sería el resultado de una disciplina en estado de génesis en la que todo, o casi todo, podía ser admitido (Haber 1994: 33).

Más allá de la época contemplada por el autor –previa, como ya dijimos, a la analizada aquí– cabe retomar su propuesta para comprobar si el corte entre lo *predisciplinar* y lo *disciplinar* fue tan abrupto como pareciera indicar el comienzo de la institucionalización, o si hubo elementos que permanecieron (y, en ese caso, cuáles fueron relevantes para el período 1905-1930).

Mirando el tiempo pasar. Expectativas e indicadores de los procesos de formación de un habitus de visión

Teniendo en cuenta lo arriba planteado, durante los veinticinco años de expediciones del Museo Etnográfico al NOA consideramos que se habría producido el inicio hacia una delimitación disciplinar, producto de un aumento de la discusión metodológica entre los investigadores. Dicha discusión habría implicado la promoción hacia una mayor sistematización en la aplicación de los *métodos de trabajo de campo*. Este proceso pudo haber influido en el uso de la fotografía en dos aspectos complementarios (Fiore 2007):

(a) *qué* es lo que se registraba en las fotografías de trabajo de campo (específicamente, la excavación), y (b) *cómo* se hacía ese registro, es decir, la estandarización de las tomas fotográficas hechas durante dicho trabajo.

Se plantean las siguientes expectativas:

a) Inicio de una estandarización de la fotografía como herramienta del método de registro del proceso de trabajo de campo.

Indicadores de estandarización de la toma fotográfica:

a1) disminución progresiva de la cantidad de tipos de situaciones documentadas por expedición: pasando de documentar situaciones cotidianas y accesorias al proceso de trabajo en el campo a registrar los **sitios**, **excavaciones** y la **ubicación del sitio** en el paisaje. Esto implica la limitación concreta del registro visual del trabajo de campo arqueológico al método de excavación:

a2) aumento del uso de los planos enteros y primeros planos con objeto de registrar el proceso de excavación en detalle;

a3) aumento de la explicitación visual de las técnicas y métodos de excavación: presencia de escalas (metros, regletas), flechas de posición, delimitación de cuadrículas, etc. Esto implica el registro fotográfico de la rigurosidad empleada en el contexto de excavación.

b) Inicio de sistematización de los métodos de excavación registrados en las fotografías.

b1) inicio/aumento de artefactos y estructuras fotografiados *in situ*. Esto se encuentra relacionado con la necesidad de dar a conocer *cómo* fue el proceso de excavación y permite someter la evidencia a otros investigadores;

b2) aumento de primeros planos y planos enteros a artefactos excavados.

Esto permite registrar fotográficamente el estado de los restos arqueológicos en el estado en el que se encontraron originalmente;

b3) y en sentido inverso, la explicitación visual de la superficie total excavada y de la delimitación de la excavación. Esto implica un reconocimiento de la importancia de la superficie total excavada con respecto al total del sitio lo que permite registrar visualmente el contexto elegido para excavar en su posición original respecto del sitio.

Muestra y método

La muestra

Se ha podido relevar las fotografías de trece expediciones que con seguridad fueron al NOA de las veinticinco que se llevaron a cabo durante la etapa analizada. En la tabla 1 se presenta un listado de los números de campaña, año, sitios visitados y cantidad de fotografías tomadas.

Las fotografías fueron relevadas en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico (en adelante AFyDME) y la Biblioteca “Augusto Cortazar” (en adelante BAC), ambos dependientes del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La creación del AFyDME data del año 1994 (Spoliansky, Pegoraro, Piaggio s/f) y el corpus fotográfico y documental fue hallado en 1988 en un altillo del edificio del museo. Estas fotografías se encontraban referenciadas a un catálogo que nunca fue encontrado, por lo que en la actualidad no se sabe la pertenencia precisa de cada una de las imágenes. Es a partir del trabajo del AFyDME que muchas de ellas pudieron ser recatalogadas como pertenecientes a expediciones del Museo o a investigadores que trabajaron para la institución.

Sin embargo, debido a la antigüedad de muchas fotografías, algunas de ellas no pudieron ser adscriptas a ningún investigador particular o pertenecientes al Museo. Como se muestra en el próximo apartado, este hecho constituyó un desafío al momento de armar la muestra bajo análisis.

Tareas en archivo

Las tareas realizadas para la obtención de la muestra consistieron en visitas al AFyDME para consultar las fotografías, primero las digitalizadas, luego las copias en papel y los negativos en vidrio. Los criterios de investigación en el archivo incluyeron el relevamiento del catálogo del AFyDME de aquellas fotografías que pudieran pertenecer al período bajo estudio. Para ello se precisaron los siguientes criterios de selección:

- Fotografías de campaña o trabajo de campo;
- Fotografías de paisajes del NOA;
- Menció de Ambrosetti, Debenedetti, o algún otro investigador relacionado con el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras durante el período bajo estudio;
- Menció del período 1905 - 1930;
- Menció de alguno de los sitios visitados durante las 25 expediciones.

Se examinaron las fotografías ya digitalizadas por el archivo y se fotografiaron los negativos que aún no habían sido digitalizados, a los cuales luego se los transformó a positivo mediante el uso de programas de manejo de imágenes digitales (Adobe Photoshop 7.0).

Al mismo tiempo, se relevaron todas las publicaciones referidas a las expediciones del Museo entre 1905 y 1930. Se copiaron digitalmente todas las fotografías que estuvieran en ellas publicadas y se las comparó con las halladas en el

AFyDME para hallar las coincidencias y evitar las repeticiones. Esta comparación también permitió localizar fotografías inéditas comprobando las similitudes (una misma escena fotografiada de distintos ángulos o con ligeras variaciones) con las imágenes publicadas, en los casos en los que no se conocía exactamente la procedencia concreta por medio de los datos del catálogo del archivo.

De esta manera, se creó una serie inicial de 297 fotografías de trabajo de campo obtenidas en el Museo Etnográfico halladas en el AFyDME y en la BAC, de la que se seleccionó una muestra de 165 tomas para ser analizadas en este trabajo. Esta selección fue el resultado de la aplicación de criterios más estrictos que los de la muestra inicial. Cada una de las fotografías debía responder a los siguientes criterios¹:

1 Si bien no son variables que han sido consideradas relevantes para contrastar la hipótesis propuesta, se debe mencionar que Debenedetti -a partir de la Expedición de 1906- fue el autor de 34 fotografías del total de 165, Cervini lo fue de 5 y Enrique Holmberg (h) de 2 imágenes. Del resto de las fotografías se desconoce el autor. En cuanto a los tipos de cámaras utilizadas y a las técnicas fotográficas se conoce que 21 de las 165 fotografías fueron hechas con una cámara estereoscópica. Dicha cámara posee unos lentes duales separados a igual distancia que los ojos humanos, logrando que las dos imágenes resultantes posean una ligera variación. Cuando se ve estas fotografías con un visor especial, este tipo de técnica le otorga un aspecto tridimensional a la imagen. Debenedetti es el autor de 17 de este tipo de fotografías, todas pertenecientes a las expediciones de 1906 y 1907. En ambas expediciones se ha detectado el uso de al menos dos tipos de cámaras: una estereoscópica y otra de un solo objetivo. Se podría suponer, aunque no afirmar, que Debenedetti era el poseedor de esa cámara, ya que es a partir de su

- Pertenecer al período bajo estudio
 - Pertenecer a alguna de las expediciones del Museo Etnográfico
 - Representar imágenes de trabajo de campo o tareas relacionadas con los trabajos de campo en arqueología
- Método de laboratorio: variables de análisis*

Para analizar las fotografías se seleccionaron 18 variables² siguiendo algunos de los criterios mencionados en Fiore (2002b, 2006). Estas variables fueron incluidas en una base de datos Excel general por fotografía (Fiore 2002b, Salletta 2008 ms). También se crearon otras bases de datos para recoger la información pertinente a los sujetos y objetos fotografiados, indicando las características de cada uno de los artefactos, restos humanos, estructuras, personas e imple-

mentos retratados. Estas bases de datos registraban variables relativas a, por ejemplo, la materia prima de los artefactos (cerámica, óseo o lítico), su estado (fragmento, fracturado o entero), etc. Este tipo de bases de datos (que registran información sobre distintas unidades de análisis a distintas escalas y posibilitan la “relación uno a varios” porque a un registro de una escala mayor pueden corresponderle varios registros de una escala menor, Fiore 2002) permite recabar información tanto sobre los aspectos generales de la fotografía completa (donde la foto es la unidad de análisis de escala mayor) como sobre los múltiples elementos (tales como los artefactos, los implementos de trabajo arqueológico, las estructuras y las personas retratadas en las fotos) que la componen (y que son unidades de análisis de menor escala): por lo tanto al registro de datos generales de *una* foto le corresponden *varios* registros de menor escala.

- 2 Las 18 variables seleccionadas son: número de fotografía de registro en base de datos (Nº RBD); número de fotografía del archivo (Nº AFyDME); nombre del fotógrafo; fecha de la fotografía; número de la expedición; técnica fotográfica y/o soporte utilizado; ubicación geográfica de la toma; tipo de toma; situación documentada en la fotografía; presencia de personas en la fotografía; cantidad de personas en la fotografía; presencia de artefactos arqueológicos en la fotografía; presencia de implementos de campo arqueológicos; presencia/ausencia de implementos de campo; estructuras; procedencia de la fotografía; lugar y fecha de publicación; epígrafes; comentarios (Salletta 2008 ms).

En ciertos casos -las II-III, las IV-V-VI-XXIV y las XI-XII expediciones- no fue posible distinguir a qué año en particular pertenecía cada una de las fotografías, pero sí fue posible adscribirla a esas expediciones y a un sitio en particular. Esto sucede, por ejemplo, en el caso de las fotografías pertenecientes a las IV-V-VI-XXIV expediciones. Como la publicación respectiva a ese sitio -el Pucará de Tilcara- toma los resultados de todas las expediciones realizadas y en el AFyDME no se contaba con la información sobre el año o la expedición precisa a la que cada fotografía correspondía, se las analizó sin poder disociarlas. En el caso de las 2 fotografías publicadas de la expedición II a Kipón (Figura 1) se agrupan en el análisis junto con las 29 imágenes de las expediciones II-III a La Paya. Kipón fue un sitio visitado de manera anexa durante la expedición II de

Nº de expedición	Fecha	Ubicación	Fotografías publicadas	Fotografías no publicadas	Total de fotografías
I	1905	Pampa Grande, Salta	29	0	29
II	1906	Kipón, Salta	2	0	2
II-III	1906-1907	La Paya, Salta	25	4	29
IV	1908	La Isla, Jujuy	6	0	6
IV-V-VI-XXIV	1908-1909-1910-1929	Pucará de Tilcara, Jujuy	39	13	52
XI-XII	1914-1916	Valle de Calingasta, Angualasto y Pachimoco San Juan	16	0	16
XIII	1917	El Alfarcito, Jujuy	5	0	5
XIV	1918	Perchel, Campo Morado y La Huerta, Jujuy	6	0	6
XVIII	1922	San Juan Mayo, Jujuy	9	0	9
XXV	1929-1930	Titiconta, Salta	11	0	11

Figura 1: Cantidad de fotografías por expedición

1906 a La Paya. Debido a que en este trabajo lo que se presenta es un análisis diacrónico, la unidad de análisis es el año de la expedición y no el sitio visitado. Lo mismo ocurre con las 6 imágenes de la expedición IV a La Isla (Figura 1) que quedan agrupadas en el análisis con las de la expediciones IV-V-VI-XXIV al

Pucará de Tilcara.

Análisis de las principales variables por expedición³ (Figura 2)

Estas variables son:

1) Tipos de planos utilizados: tipo de toma que encuadra a la fotografía. Los

Expedición	Tipo de Toma				Situación documentada						Personas		Artefactos			Estructuras			Implementos		
	PG	PE	PP	Pan	Sitio	Cotex	Pa	Cul	Tradsc	Coti	Si	No	Si	No	Ind	Si	No	Ind	Si	No	Ind
I	17	8	4	0	6	13	8	2	0	0	16	13	10	19	0	11	17	1	8	21	0
II-III	15	14	2	0	11	10	6	1	1	2	8	23	4	26	1	22	9	0	4	27	0
IV-V-VI-XXIV	38	17	2	1	31	10	12	0	1	4	19	39	4	54	0	49	9	0	12	44	2
XI-XII	9	4	9	1	5	2	9	0	0	0	0	16	2	14	0	6	10	0	0	16	0
XIII	4	1	0	0	1	0	4	0	0	0	1	4	0	5	0	3	2	0	0	5	0
XIV	5	1	0	0	1	0	5	0	0	0	0	6	0	6	0	4	2	0	0	6	0
XVIII	3	5	0	1	5	0	4	0	0	0	1	8	0	9	0	4	5	0	0	9	0
XXV	5	6	0	0	4	3	4	0		0	2	9	0	11	0	9	2	0	2	9	0
Total parcial	91	55	23	3	64	38	52	3	2	6	47	118	20	144	1	108	56	1	26	137	2

Figura 2. Cantidad de fotografías según las variables de análisis

3 Referencias de tabla: PP: primer plano; PE: plano entero; PG: plano general; Pan: panorámica; Sitio: localidad arqueológica; Cotex: contexto de excavación; Cul:

cultivos, campos de cultivos; Pa: paisajes; Tradsc: trabajadores descansando en un alto de la excavación; Coti: situaciones cotidianas del campamento arqueológico.

estados pueden ser: primer plano (PP), plano entero (PE), plano general (PG) y panorámica (Pan);

2) Situaciones documentadas en las fotografías: implica el tipo de actividad documentada. Presenta los siguientes estados: trabajadores descansando, campos de cultivo, cotidianas, sitio, contexto de excavación y paisaje;

3) Presencia de personas: si hay o no personas en la fotografía. El estado puede ser sí o no;

4) Presencia de artefactos arqueológicos: si hay artefactos arqueológicos fotografiados. El estado puede ser sí o no. Si por estado de la fotografía hay alguna duda, se coloca indeterminado;

6) Presencia de estructuras arqueológicas: presencia o ausencia de estructuras arqueológicas en la imagen. Su estado puede ser: sí, no o indeterminado (esto último si no se puede determinar con exactitud si se tratan de estructuras por el estado de la fotografía);

7) Presencia de implementos de trabajo arqueológico: su estado es sí o no.

Tabla 2. Cantidad de fotografías según las variables de análisis

Expedición I ,1905: Pampa Grande, Salta

- Tipo de tomas: predominan los planos generales (58%).
- Situación documentada: mayoría de contextos de excavación (45%)
- Presencia de personas en las fotografías: mayor cantidad de fotografías con personas (55%)
- Presencia de artefactos arqueológicos en las fotografías: poca representación (35%)
- Presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías: poca representación (41%)
- Presencia de implementos de trabajo arqueológico: baja frecuencia

(27%)

La similitud entre la frecuencia de fotografías con presencia de artefactos, estructuras e implementos de trabajo implica que se le otorgaba gran importancia a estos tres elementos al momento de componer una fotografía. La alta frecuencia de contextos de excavación indica un interés de los investigadores por registrar todo el proceso de trabajo de campo, implicando que la fotografía funcionaba tanto como parte del proceso de registro de procedencia de los artefactos hallados y legitimadora de su origen como de la probidad de los investigadores.

Expediciones II-III, 1906-1907: La Paya y Kipon 1906-1907

- Tipo de tomas: predominan los planos generales (49%).
- Situación documentada: mayoría de imágenes de sitios (35%) y de contextos de excavación (34%)
- Presencia de personas en las fotografías: menor cantidad de fotografías con personas (26%)
- Presencia de artefactos arqueológicos en las fotografías: poca representación (13%)
- Presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías: poca representación (71%)
- Presencia de implementos de trabajo arqueológico: baja frecuencia (13%)

El predominio de imágenes de sitios, de contextos de excavación, la poca presencia de artefactos y el uso planos generales por parte de los investigadores indica que había cierto interés en el registro del trabajo de excavación pero seleccionando tomas con poco detalle.

Expediciones IV-V-VI-XXIV, 1908-1909-1910-1929: La Isla de Tilcara y Pucará de Tilcara

- Tipo de tomas: predominan los planos generales (66%).
- Situación documentada: mayoría de imágenes de sitios (53%)
- Presencia de personas en las fotografías: menor cantidad de fotografías con personas (32%)
- Presencia de artefactos arqueológicos en las fotografías: poca representación (14%)
- Presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías: poca representación (85%)
- Presencia de implementos de trabajo arqueológico: baja frecuencia (21%)

Dado el predominio del registro de situaciones de sitio y paisaje y la presencia de estructuras, podemos inferir que los investigadores estaban interesados en registrar el sitio y sus entornos así como la distribución de estructuras antes que otros materiales arqueológicos hallados.

Expediciones XI-XII, 1914-1916. Valle de Calingasta, San Juan

- Tipo de tomas: predominan los planos generales (56%).
- Situación documentada: mayoría de imágenes de paisajes (56%) y sitios (31%)
- Presencia de personas en las fotografías: no hay fotografías con personas
- Presencia de artefactos arqueológicos en las fotografías: poca representación (12%)
- Presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías: poca representación (37%)

- Presencia de implementos de trabajo arqueológico: nula frecuencia (0%)

El predominio de fotografías de planos generales, de paisajes y de estructuras (aunque en bajo porcentaje) implica que estas imágenes registran *los lugares* en donde se realizaron las expediciones, pero no dan detalles de los sitios que se excavaron sino únicamente de lugar a donde se dirigieron los investigadores.

Expedición XIII, 1917: El Alfarcito, Jujuy

- Tipo de tomas: predominan los planos generales (80%).
- Situación documentada: mayoría de imágenes de paisajes (80%)
- Presencia de personas en las fotografías: poca cantidad de fotografías con personas (20%)
- Presencia de artefactos arqueológicos en las fotografías: nula representación (0%)
- Presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías: alta representación (60%)
- Presencia de implementos de trabajo arqueológico: no hay fotografías con artefactos.

Por las tendencias observadas en las fotografías la intención denotada por los investigadores era registrar en imágenes la ubicación geográfica y parte del relevamiento del sitio, con muy poco detalle.

Expedición XIV, 1918: Perchel, Campo Morado y La Huerta.

- Tipo de tomas: predominan los planos generales (83%).
- Situación documentada: mayoría de imágenes de paisajes (83%)
- Presencia de personas en las fo-

tografías: no hay fotografías con personas

- Presencia de artefactos arqueológicos en las fotografías: no hay
- Presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías: alta representación (67%)
- Presencia de implementos de trabajo arqueológico: no hay

Las tendencias muestran una reducción en la cantidad de tipos de planos usados y en la cantidad de tipos de situaciones documentadas que puede estar implicando el inicio hacia una estandarización de la toma de fotografías. Sin embargo, en éstas sólo se incluyen estructuras. La ausencia de personas e implementos de trabajo arqueológico indica una mayor prolijidad en las tomas pero también marca la falta de escalas que expliciten la dimensión de los objetos fotografiados.

Expedición XVIII, 1922: San Juan Mayo, Jujuy

- Tipo de tomas: predominan los planos enteros (56%).
- Situación documentada: mayoría de imágenes de sitios (56%)
- Presencia de personas en las fotografías: poca presencia de fotografías con personas (11%)
- Presencia de artefactos arqueológicos en las fotografías: no hay
- Presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías: menor representación (44%)
- Presencia de implementos de trabajo arqueológico: no hay

En esta expedición se muestra un predominio de fotografías de planos enteros y de situaciones de sitio que retratan estructuras. El uso de planos enteros implica una mayor atención a los detalles de los objetos de la fotografía.

Expedición XXV, 1929-1930: Titiconte, Salta

- Tipo de tomas: predominan los planos enteros (55%) y los planos generales (45%)
- Situación documentada: mayoría de imágenes de sitios (36%) y paisajes (36%)
- Presencia de personas en las fotografías: poca cantidad (18%)
- Presencia de artefactos arqueológicos en las fotografías: no hay
- Presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías: alta representación (80%)
- Presencia de implementos de trabajo arqueológico: baja frecuencia (18%)

En esta expedición hay una tendencia a fotografiar los sitios y los contextos de excavación con planos más de detalle. La ausencia de implementos de trabajo que pudieran haber servido de escala hace que las composiciones sean más prolijas pero que los objetos pierdan dimensionalidad.

En la siguiente sección discutiremos las variaciones de estas variables a medida que transcurrieron las expediciones.

Variación cronológica en las expediciones

En esta sección compararemos cronológicamente las expediciones a partir de las variables mencionadas en el apartado anterior.

Estas siete variables (*tipo de toma, situación documentada, presencia de artefactos, presencia de estructuras, presencia de personas y presencia de implementos*) se consideran diagnósticas para evaluar el inicio hacia el proceso de estandarización de la fotografía como parte del método de registro visual del

trabajo arqueológico y de la sistematización de los métodos de trabajo de campo. Ambos procesos son parte del disciplinamiento científico de la arqueología. Algunas de estas variables evalúan las características de ciertos elementos de composición de la fotografía (sujetos y objetos retratados) que pueden dar cuenta de una mayor representación de los métodos de trabajo en el campo (*presencia de personas y presencia de implementos de trabajo, tipo de situaciones fotografiadas, presencia de artefactos o estructuras*). Las otras variables empleadas en este trabajo (*tipo de toma empleada y cantidad de situaciones documentadas*) permiten evaluar los cambios en el uso de la fotografía como parte del registro visual estandarizado y que remiten al proceso de creación de un *habitus de visión* y de una metodología disciplinar.

Variación diacrónica del uso de planos

Las expediciones I, II-III y IV-V-VI-XXIV presentan la mayor diversidad en el uso de planos (Figura 3). Ellas concentran el uso de los **planos enteros (PE)**, de los **planos generales (PG)** y de los **primeros planos (PP)**. En las prime-

ras expediciones hubo preferencia por el uso de **planos generales**, lo cual marca una tendencia a la utilización de planos con poco detalle. Este dominio se mantiene en una proporción constante, con ligeras variaciones diacrónicas hasta las expediciones XVIII y la XXV en las que el predominio pasa a los **planos enteros**.

De los diez **primeros planos** de toda la muestra, la expedición I concentra el 40% de ellos, siendo la campaña con más cantidad de fotografías de gran detalle. A partir de ese momento se evidencia un descenso diacrónico en el uso de primeros planos, lo que implica que los investigadores perdieron interés en tomar imágenes en donde los elementos de la composición fotográfica (sean materiales arqueológicos o implementos de trabajo) se encontraban en el centro de la escena. A partir de la expedición XIV ya no se usan más los primeros planos. Esta tendencia contradice las expectativas generales de cambio hacia una mayor utilización de los primeros planos en el registro visual del trabajo de campo. Pese a esto, se debe examinar la variación en el uso de las demás tomas en el transcurso del tiempo y, de esta manera, explicar cómo esta disminución en el uso de los primeros planos se encuentra

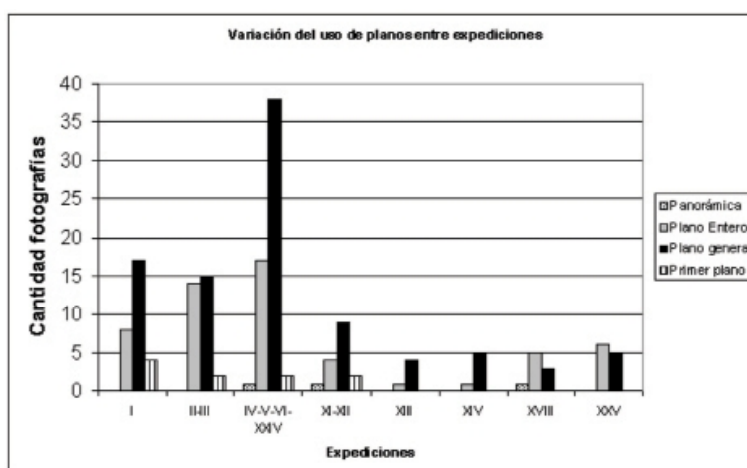


Figura 3 Variación del uso de planos entre expediciones

relacionada con la utilización de otros tipos de tomas.

En las dos últimas expediciones -la XVIII y la XXV- predominan los **planos enteros** (55,5% y 54,5%, respectivamente). Podemos interpretar esta tendencia al aumento de los planos enteros por sobre los generales como un mayor interés de los investigadores en seleccionar planos que mostraran las estructuras con un poco más de detalle.

Variación diacrónica de las situaciones fotografiadas (Figura 4)

Las situaciones de **sitio** y de **paisaje** son las más representadas a lo largo del período analizado y ambas se encuentran

representadas en todas las expediciones bajo estudio. La situación de **paisaje** es la que se mantiene más estable diacrónicamente en todas las expediciones indicando que el interés por fotografiar los alrededores de los sitios para denotar su posición geográfica permaneció constante a lo largo del tiempo. El registro visual de **sitio** muestra un aumento durante las primeras seis expediciones y luego decae para estabilizarse en las dos últimas campañas.

Respecto de los **contextos de excavación**, las primeras expediciones concentran este tipo de situaciones. Luego del interés inicial en fotografiarlo en la I expedición, este tipo de situaciones fue

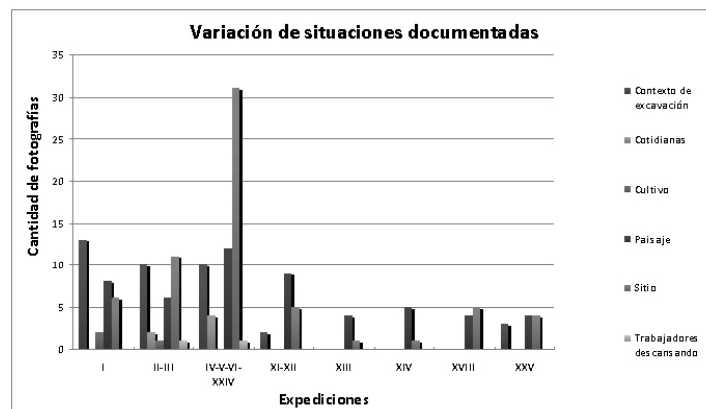


Figura 4 Variación de situaciones documentadas

cada vez menos registrada hasta que su uso desaparece luego de la expedición XI-XII y no fue vuelto a utilizar hasta la expedición XXV. Esta disminución en la frecuencia de **contextos de excavación** registrados contradice nuestras expectativas y pudo haber estado estar vinculado con el mantenimiento de la tendencia a fotografiar situaciones de **sitios** que parecerían haber compensado parcialmente la ausencia de fotos de contexto de excavación. Pareciera que la alta frecuencia de primeros planos en la expedición I se encontraría relacionada con

la necesidad de que la fotografía actuara como un juez que legitimase la procedencia de los artefactos arqueológicos. En los siguientes acápites veremos la relación de esta inferencia con las otras variables.

La expedición XXV continuó con la tendencia a fotografiar situaciones de **sitio**, pero experimenta una leve disminución que puede ser explicada si se toman en cuenta el 27,2% de sus fotografías de **contexto de excavación**, situación que no fue registrada en la XVIII expedición. Esto fortalece la idea de que la elección

entre las situaciones de contexto y de sitio era inversamente proporcional y que posiblemente eran tomadas como equivalentes. Esto puede estar justificado por el hecho de que ambas situaciones pueden reflejar el **trabajo de campo**, con la diferencia de que en el **contexto de excavación** éste es el tema principal de la fotografía y que en la situación de **sitio** el trabajo de excavación quedaba más diluido y se convertía en uno más de los varios temas de la composición de la imagen. Esto implica que, si bien se registró una baja en el registro de imágenes de las excavaciones *per se*, dicha disminución puede ser explicada si se la analiza en conjunto con el aumento de la importancia de retratar el lugar de la excavación dentro de la localidad arqueológica -situación que corresponde a **sitio**-. En este sentido, se puede interpretar que en el primer momento de consolidación de la arqueología como disciplina científica ambas situaciones pueden haber tenido igual importancia y por lo tanto, deberían ser analizadas de manera conjunta.

Por otra parte, a medida que transcurren las expediciones la variedad de situaciones documentadas fue cada vez menor: se partió de seis tipos de situaciones en la primera expedición y se redujo a tres tipos en la última expedición. Como al mismo tiempo se disminuyó la

cantidad de fotografías por expedición se evaluó la posibilidad de que esta reducción fuera efecto del tamaño de la muestra. Sin embargo, el descenso en la cantidad de tipos sigue un patrón determinado, ya que los tres tipos de situaciones documentadas en cada expedición no presentan un patrón azaroso: siempre aparecen las mismas tres situaciones -sitio, contexto de excavación y paisaje- sin importar la cantidad de tomas registradas en cada campaña. Esto puede ser analizado como parte del proceso, lento pero continuo, hacia la estandarización del registro de aquellas situaciones que hubieran reflejado el lugar donde se realizaba el trabajo de campo haciendo que se privilegiara la representación de los sitios y los paisajes por sobre el resto de las situaciones³. La fluctuación en la frecuencia de imágenes de contextos de excavación (que implica altibajos en su selección positiva) puede explicarse debido a la indeterminación disciplinar propia del período bajo estudio.

Variación diacrónica de la presencia de personas en las fotografías (Figura 5)

De las 47 fotografías que retratan individuos de las 165 que componen la mues-

3 Tal vez el repertorio de situaciones documentadas hubiese sido mayor si se contara con las fotografías que no fueron seleccionadas para ser publicadas.

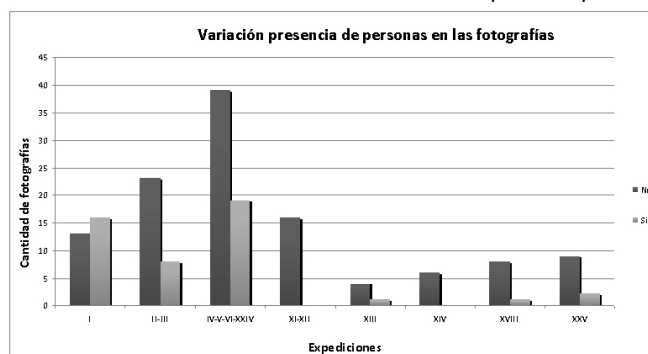


Figura 5 Variación presencia de personas en las fotografías

tra, el 91% de ellas se concentra en las expediciones I (16 imágenes, el 34%), II-III (8 imágenes, el 17%) y IV-V-VI-XXIV (19 imágenes, el 40%). Es decir que durante los primeros cinco años de campañas hubo un claro interés por fotografiar personas durante las expediciones, interés que fue decreciendo con el correr del tiempo. Las expediciones XI-XII y XIV no tienen ninguna imagen que registre la presencia de personas.

Aunque la expediciones IV-V-VI-XXIV concentren la mayor *cantidad* de fotos con personas (19 del total de 47 fotografías con personas de la muestra), es la I expedición la cuenta con la mayor *proporción* de fotografías con personas por expedición, con 16 imágenes con personas por sobre el total de 29 para esa campaña (el 55,1%). Esto muestra que la expedición I se interesó mucho más en tomar imágenes en cuya composición se encontraran personas, lo que podría interpretarse en principio como que las

personas estarían cumpliendo una función de escala en las fotografías y que luego habrían dejado de cumplirla. De ser así, otros elementos de la composición fotográfica deberían haber reemplazado esta función de escala potencialmente cumplida por las personas: en el apartado donde analizamos la presencia de implementos de trabajo veremos si hubo o no un reemplazo en ese sentido.

Respecto de la cantidad de individuos por fotografía (Figura 6), de las 23 fotografías con un solo individuo de toda la muestra, 10 son de la expedición I (43% de las 23). De manera insólita, las expediciones II-III no tienen fotografías de individuos únicos y sólo presentan fotografías grupales. Las expediciones IV-V-VI-XXIV siguen a la expedición I en orden decreciente, con 9 (39,1%) de las 23 fotografías de la muestra que retratan un solo individuo.

Le siguen la expedición XIII con una fotografía, la expedición XVIII con una y

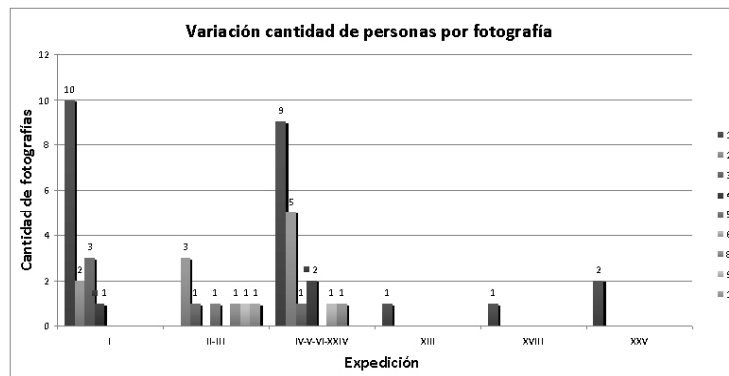


Figura 6 Variación cantidad de personas por fotografía

la expedición XXV con dos imágenes, el resto de las expediciones (salvo la XI-XII y la XIV, ver arriba) tienen sólo fotografías grupales. Sin embargo, a partir de las expediciones XI-XII desaparecen las imágenes que retratan a grupos de personas. Entonces, si las personas funcionaron como escala, esto sucedió en menos de la mitad de los casos y sobre

todo en las primeras expediciones, lo cual sería esperable en un contexto de formación disciplinar en donde no se han establecido aun los parámetros de representación visual de la evidencia y se los copia de otras disciplinas (en este caso, la geología). Sin embargo, aún en este momento la baja proporción de imágenes con una sola persona confirmaría

que su uso como escala de dimensión no era positivamente seleccionado. En vista de estos resultados podemos pensar que las fotografías con un solo individuo lo habrían incluido como escala en la primera expedición, pero que esa función decayó en las subsiguientes expediciones. Se corroboraría así la expectativa sobre la desaparición gradual de las personas en las fotografías, ya sea para su uso como escala o para registro del trabajo de campo grupal, en pos de una imagen en la que se registre sólo el sitio, los materiales arqueológicos y el uso de escalas de medida apropiadas -metros, reglas, regletas, etc.-. Esto lo veremos en los siguientes apartados sobre presencia de artefactos, estructuras e implementos.

Variación diacrónica de la presencia de artefactos (Figura 7)

De las trece expediciones analizadas,

sólo en nueve de ellas se fotografiaron artefactos arqueológicos, sumando un total de sólo 20 tomas con artefactos en las 165 imágenes de toda la muestra y que se dividen de la siguiente manera: la expedición I (50%), las expediciones II-III (20%), las IV-V-VI-XXIV (20%) y las XI-XII (10%).

Al analizar la cantidad de imágenes con artefactos por campaña se evidencia que la I expedición tiene la mayor proporción de sus fotografías con artefactos (34%), seguida por la expedición II-III (13%) y las expediciones IV-V-VI-XXIV (7%). Se observa que luego de un fuerte impulso inicial se produjo un descenso en la frecuencia en la que los artefactos eran fotografiados. Esta disminución es aún más marcada si se tiene en cuenta que las expediciones IV-V-VI-XXIV representan las fotos de cuatro campañas en una misma muestra, con lo cual su desagregación individual,

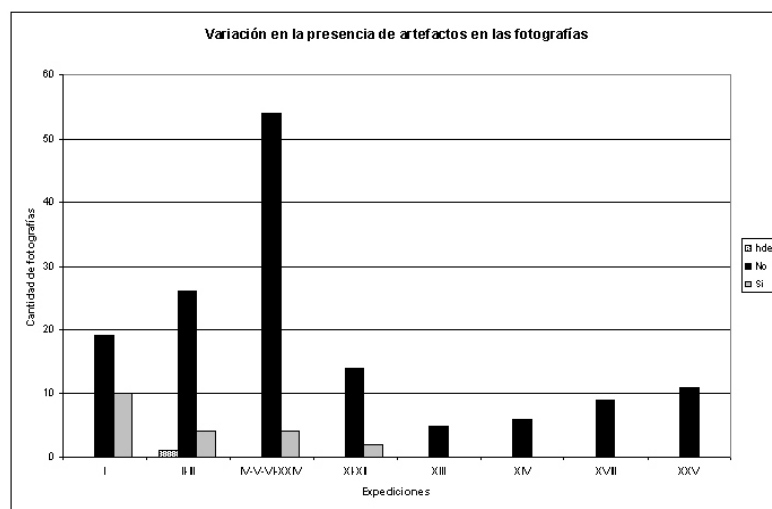


Figura 7 Variación en la presencia de artefactos en las fotografías

de ser posible, indicaría un descenso aún mayor de frecuencias de fotografías de artefactos por expedición.

Estos valores contrastan notablemente con la cantidad de artefactos real-

mente recuperados en cada una de las campañas. Cuando el Museo Etnográfico se fundó en 1904, su colección inicial constaba de 359 piezas. Para 1910, es decir para el término de las primeras

seis expediciones, el museo contaba con 8000 objetos y para 1912 había subido a 12556; la mayor parte de estos materiales había sido obtenida durante el transcurso de las campañas (idem: 72). Salvo la expedición I, en donde el 34% de sus 29 fotografías tiene artefactos arqueológicos, es llamativa la posterior falta de interés de registrarlos en los contextos (*lato sensu*) en que fueron hallados. Esta falta de interés puede estar mostrando que para los investigadores, luego de la expedición I, fotografiar los artefactos en el momento en que eran recuperados no aportaba ningún tipo de información ni constituía parte del trabajo de campo a registrar fotográficamente. Es decir, hubo una selección negativa en elegir documentar visualmente el momento de la extracción de un artefacto de su ma-

triz sedimentaria. Más aún, esta falta de interés aumentó con el tiempo a medida que se sucedían las expediciones, mostrando la inexistencia de un protocolo de fotografías de campo relativo a los artefactos a lo largo de todo el período analizado. Pareciera como si el registro del trabajo de campo durante estos 25 años analizados estuviera en un proceso de constitución del método y que la expedición I hubiera registrado los artefactos arqueológicos no por un afán de “rigurosidad contextual” sino por una necesidad de legitimar el origen de los objetos y la pericia de los excavadores.

Variación diacrónica en la presencia de estructuras arqueológicas (Figura 8)

A diferencia de lo que sucede con los

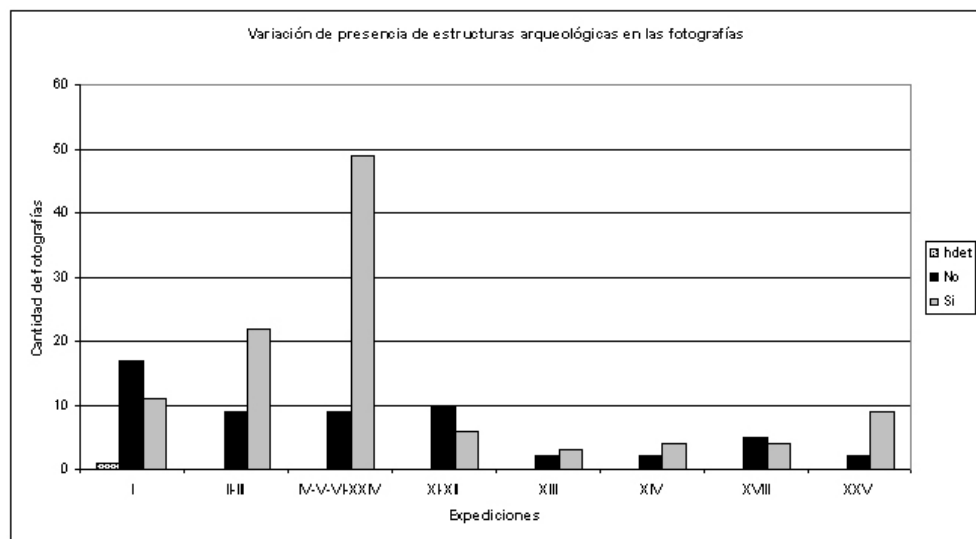


Figura 8 Variación de presencia de estructuras arqueológicas en las fotografías

artefactos, todas las expediciones fotografiaron estructuras: 108 fotografías de toda la muestra retratan estructuras (el 65,4%), siendo las expediciones II-III (22 casos, el 20,3% de las 108) y las expediciones IV-V-VI-XXIV (49 casos, el

45,3% de las 108) las que más cantidad de fotografías de estructuras presentan.

Cuando analizamos la proporción de imágenes con o sin estructuras por expedición vemos que en la expedición I hay una relativa paridad entre fotogra-

fías con y sin estructuras. Es a partir de la II-III expedición que se observa un aumento en la proporción de fotografías con estructuras.

Las expediciones IV-V-VI-XXIV son las que tienen más cantidad (49 casos) y las que tienen la mayor proporción (84,4% de sus 58 imágenes) de fotografías de estructuras⁴. La expedición que le sigue en proporción es la XXV, que cuenta con que el 81,8% de sus 11 tomas tienen estructuras en su composición.

De todos estos datos surgen dos implicancias:

a) el interés por fotografiar estructuras, a diferencia de lo que sucede con los

artefactos, puede considerarse como relativamente constante durante todas las campañas revisadas, evidenciando una selección positiva de estos rasgos del registro arqueológico, y

b) la diferencia entre las proporciones de fotografías con y sin estructuras entre las diferentes expediciones podría haberse debido a la naturaleza de los sitios visitados (que tuvieran más cantidad y/o mayor variedad de estructuras).

Variación diacrónica en la presencia de implementos de trabajo arqueológico (Figura 9)

Del total de 165 fotografías, las tomas

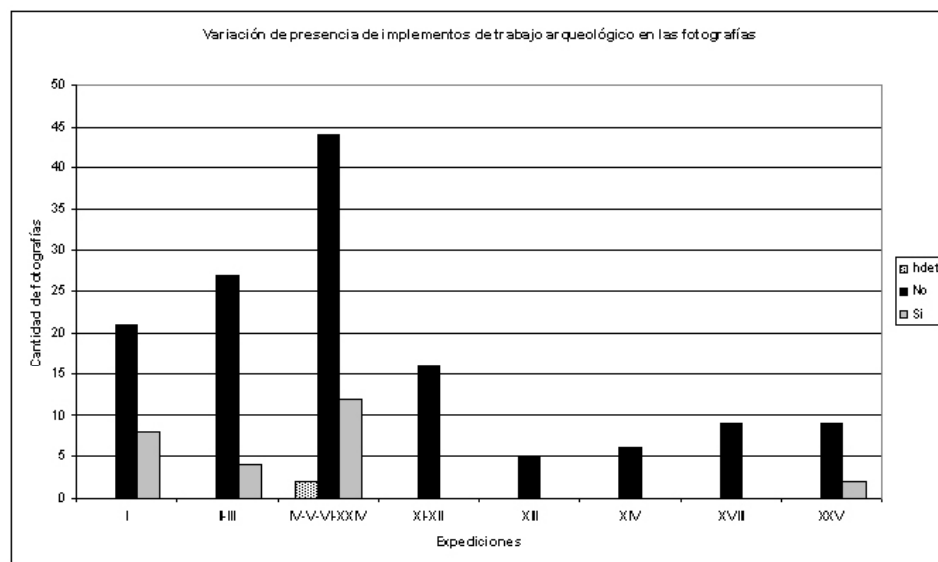


Figura 9 Variación de presencia de implementos de trabajo arqueológico en las fotografías

que tienen implementos de trabajo arqueológico representan el 15,7% de la muestra y fueron obtenidas sólo en cuatro de las trece expediciones: la expedición I (30,7%), las expediciones

⁴ Recuérdese que estos son los datos pertenecientes a cuatro diferentes expediciones, por lo tanto la alta frecuencia puede estar aumentada por dicha sumatoria.

II-III (15,3%), las expediciones IV-V-VI-XXIV (46,1%) y la expedición XXV (7%). Los instrumentos que aparecen en las imágenes son mayormente picos y palas, no apareciendo nunca regletas, metros o escalas. Esto implica que aparecen sólo aquellos implementos de trabajo dedicados a la excavación propiamente dicha y no hay representación de aquellos que sirven a la medición.

La tendencia a fotografiar implementos de trabajo arqueológico -sobre todo dentro de las primeras campañas- decrece en proporción a lo largo de las expediciones. En la expedición I el 27,5% de sus 29 tomas tienen implementos, en las II-III hay un 12,9% de 29 casos y en las expediciones IV-V-VI-XXIV hay un 20,6% de 58 casos. En las posteriores expediciones investigadas no se vuelven a fotografiar implementos hasta que volvieron en la expedición XXV, en el total de 11 fotografías apareció un 18,1% con implementos.

Este descenso diacrónico de la proporción de implementos de trabajo en la composición fotográfica podría ser considerado como un índice de que el registro visual del trabajo de campo estaba adquiriendo rigurosidad metodológica y, por lo tanto, se eliminaban los implementos de la composición fotográfica para aumentar la prolijidad. La disminución de implementos de trabajo arqueológico en las fotografías de las excavaciones podría interpretarse como un indicio de que los investigadores en el trabajo de campo eran cada vez más sistemáticos y metódicos en el intento de registrar contextos arqueológicos “limpios” de implementos foráneos a ellos.

No obstante, debemos recordar que dentro de la categoría implementos de trabajo se encuentran las escalas, los metros y otros elementos de medición. La ausencia de estos instrumentos en las fotografías no debe ser interpretada como un índice de que los investigadores no los utilizaban, ya que otros tipos de registros (las publicaciones, las libretas de campo) dan cuenta del uso de escalas y metros. El problema es que simplemente no los fotografiaban. ¿Por qué? Porque aparentemente no interesaba que en la fotografía apareciera ese dato. Este hecho contradice la idea arriba sugerida

sobre la disminución de la presencia de instrumentos de trabajo arqueológico en las fotografías como un paso más en el camino hacia el disciplinamiento metodológico del registro del trabajo de campo. Si así fuera, el porcentaje de implementos de medición o escala debería haber permanecido constante o aumentar a lo largo de las expediciones. Esto es precisamente lo que no sucedió.

La ausencia de escalas, flechas indicadoras del Norte, regletas, metros, etc. en las fotografías no debe ser interpretada como una falta de sistematicidad en el trabajo científico de campo, dado que algunas de ellas sí eran usadas aunque no fueron registradas visualmente. La ausencia de tales elementos en las tomas implica que en la imagen fotográfica que se tomaba del trabajo de campo no importaba registrar el método con que los objetos arqueológicos eran recuperados. De hecho, que nosotros observemos en las fotografías la falta de estos instrumentos de trabajo es la consecuencia directa de la discusión que se tiene en la actualidad sobre la rigurosidad que debe tener el registro del método de recuperación de las evidencias arqueológicas. Los investigadores en las primeras etapas del siglo XX no ponían en discusión su método de excavación y, por lo tanto, no lo registraban en las fotografías. En el contexto de un campo científico en formación, no tenían que mostrar –visualmente– ninguna justificación de cómo su trabajo era científico. Así como no había una discusión metodológica en la producción escrita, tampoco había un consenso sobre el método de registro visual del trabajo de campo. En este momento predisciplinar (*sensu* Haber 1994), los métodos de excavación, recuperación y la situación del material arqueológico al momento del hallazgo no eran discutidos ni en los textos (sin embargo, ver Haber

1999) ni en las fotografías tomadas para registro del trabajo de campo.

Artefactos, estructuras, implementos de trabajo y personas ¿Cuáles de ellos aparecen juntos?

En la Figura 10 podemos ver cómo en cada expedición se combina la presencia de artefactos, estructuras, implementos de trabajo arqueológico y personas. Esta comparación permite ver cuántas de las fotografías en las expediciones presentan estos elementos en la composición de la imagen fotográfica para analizar cuándo aparecen juntos o separados, si es que lo hacen y si hay algunos de ellos que se combinen con más frecuencia.

En la expedición I las 10 fotografías

con *artefactos* están acompañadas, o por implementos o por personas. De las 11 fotografías con *estructuras* hay 9 de ellas que se encuentran acompañadas por alguno de estos elementos. Esto implica que se incluyeron elementos que pueden oficiar de escala en las fotografías.

En las expediciones II-III a La Paya, de las 4 fotografías con *artefactos*, 3 se encuentran acompañadas por implementos y/o personas. En cambio, de 22 fotografías con *estructuras* sólo 4 de ellas se encuentran acompañadas por personas y/o implementos. Esto indica que en esta campaña ya comienza a decaer el uso de las personas y/o implementos como elementos que otorguen una escala en la fotografía cuando el objetivo principal era fotografiar una estructura.

Nº expedición	Presencia de artefactos	Presencia de personas	Presencia de Estructuras	Presencia de Implementos	Total Parcial	Total general
I	SI	SI	NO	NO	3	29
	SI	NO	SI	NO	1	
	SI	NO	NO	SI	2	
	SI	NO	NO	NO	2	
	SI	SI	NO	SI	2	
	NO	SI	SI	NO	5	
	NO	SI	SI	SI	3	
II-III	SI	SI	SI	SI	1	31
	SI	SI	NO	SI	1	
	SI	NO	SI	NO	1	
	NO	SI	SI	SI	2	
IV-V-VI-XXIV	SI	SI	SI	SI	1	58
	SI	NO	SI	SI	2	
	SI	NO	SI	NO	1	
	NO	NO	SI	SI	10	
	NO	SI	SI	NO	12	
	NO	SI	SI	SI	7	
XI-XII	SI	NO	SI	NO	1	16
XIII	NO	SI	SI	NO	1	5
XIV	NO	NO	NO	NO	0	6
XVIII	NO	NO	NO	NO	0	9
XXV	NO	NO	SI	SI	1	11
	NO	SI	SI	SI	1	

Figura 10 Cantidad de fotografías que presentan artefactos, estructuras, implementos de trabajo y personas en una misma composición fotográfica

En las expediciones IV-V-VI-XXIV, de las 4 fotografías con *artefactos* en 3 hay personas y/o implementos. De las 49 fotografías con *estructuras*, en 33 de ellas se encuentran personas y/o implementos de trabajo. Las restantes 16 aparecen en solitario. En este caso, podemos deducir un interés activo en fotografiar a las estructuras acompañadas por algún elemento que pudiera haber oficiado de escala.

La única fotografía de la expedición XIII que combina *personas y estructuras* no responde a la tendencia de usar personas como escalas, ya que la estructura se encuentra en un tercer plano, por lo que no es el objetivo central de la fotografía.

Por último, en la expedición XXV de 9 fotografías con *estructuras* hay 5 de ellas en las que se observan personas y/o implementos, sugiriendo que las estructuras se fotografiaron con elementos que permiten aportar una escala de dimensión.

Como pudimos ver, los *artefactos* en la mayor cantidad de los casos no se fotografiaban aislados sino que siempre se incluyó algún otro elemento en su composición. Esto es similar en todas las expediciones, por lo que podemos inferir que este criterio de cómo fotografiar los artefactos no varió con el tiempo y tuvo un cierto criterio de estandarización.

Las *estructuras*, en cambio, han sido fotografiadas de manera aislada o combinadas con otros elementos. De las 13 expediciones relevadas, en 4 de ellas (XI-XII, XIV, XVIII) no se las fotografió junto con personas, implementos, artefactos. En las expediciones I, II-III, IV-V-VI-XXIV, XIII y XXV se las fotografió con personas y/o implementos. La presencia de personas o implementos no fue un prerequisite cuando se fotografiaba una estructura. Esta baja estanda-

rización en la toma de fotografías de las estructuras implica una falta de discusión sobre cómo registrar el método de excavación en las fotografías del trabajo de campo.

Estos indicios son claros tanto si se muestra la presencia de personas e implementos (siempre y cuando éstos sean las palas y los picos como en estos casos) como si se registra su ausencia. Si las personas y los implementos forman parte de la composición de la fotografía de manera aleatoria y sin ningún tipo de patrón que explique su presencia, entonces responden más a una falta de rigurosidad en la presentación de la evidencia arqueológica en su contexto de hallazgo. La ausencia de personas en este caso es mucho más proclive a ser interpretada como el intento de mostrar la evidencia libre de la intervención del investigador. De la misma manera, la presencia de implementos de trabajo de excavación, sin un patrón de frecuencia que los muestre *siempre* junto a estructuras y/o artefactos, puede ser interpretada más como resultado de cierta desprolijidad a la hora de preparar la composición de los elementos de la fotografía que como su presencia en ella sirviendo de escalas. Este es, por consiguiente, un indicio de que la arqueología argentina en el período bajo análisis se encontraba aún en una etapa predisciplinar y que en el transcurso de los 25 años analizados existió una muy leve tendencia a registrar visualmente la metodología de campo y a estandarizar el modo de presentación de la evidencia arqueológica en las fotografías.

Discusión

La hipótesis propuesta en este artículo partía de la posibilidad de detectar en las fotografías tomadas en el campo el inicio de un progresivo aumento de la

discusión metodológica que, de existir, se vería reflejado en la estandarización en la toma fotográfica y en el registro visual intencional de los métodos de excavación. La fotografía formaría parte del desarrollo hacia la sistematización y la rigurosidad de la disciplina, producto de la discusión teórico-metodológica más amplia entre los investigadores sobre cómo se debía representar visualmente la evidencia arqueológica y los métodos de trabajo de campo.

Los cambios a lo largo del tiempo referidos al uso de la fotografía como parte del método de registro del trabajo de campo se encuentran relacionados con la expectativa de estandarización de la toma fotográfica que incluyen varios indicadores:

El primero de ellos sería la disminución de la diversidad de tipos de situaciones documentadas por expedición: pasándose de documentar situaciones cotidianas y accesorias al proceso de trabajo en el campo a registrar exclusivamente el sitio, excavaciones y la ubicación del sitio en el paisaje.

Este indicador se corrobora parcialmente para el caso de la disminución de la diversidad de situaciones documentadas. Durante las expediciones I a IV se registraron la mayor diversidad de situaciones documentadas, seis en total. A partir de las expediciones XI-XII se observa un descenso drástico en esta diversidad, pasando a documentar sólo tres situaciones: paisaje, sitio y contexto de excavación, en orden decreciente de frecuencia. Como se mencionó anteriormente, si bien es coincidente la reducción en la diversidad de situaciones documentadas con una baja en la cantidad de fotografías por expedición esto no puede ser interpretado como el resultado de la representación diferencial de la cantidad de fotografías entre cada

una de las expediciones. La cantidad de fotografías por expedición es menor a lo largo del tiempo, pero la disminución en la diversidad de tipos de situaciones documentadas no responde a cuestiones de azar. Cuando comienza a decaer la cantidad de situaciones documentadas, los tipos que se encuentran representados son los mismos, implicando una selección diferencial a favor de registrar precisamente esas situaciones y no otras en las fotografías: sitio, paisaje y, en menor medida, contexto de excavación. Esta baja paulatina en la diversidad de situaciones documentadas se relaciona con un patrón que se hace explícito a partir de la XI-XII expediciones. Esto puede ser producto de un proceso lento pero continuo de estandarización del registro visual de ciertas situaciones por sobre otras que pudieran reflejar todo el trabajo de campo privilegiándose a la larga los sitios y los paisajes por sobre el resto de las situaciones. Al mismo tiempo, muestra la importancia de la fotografía como parte del método de registro del trabajo de campo.

La expectativa marcaba un aumento en el detalle del registro del trabajo de campo, lo cual se habría expresado en mayor cantidad de las fotografías de contextos de excavación. Lo que sucede es lo contrario, ya que la I expedición es la que mayor cantidad y proporción de contextos de excavación tiene (13 fotografías de 29 totales, 44%). Este es el porcentaje más alto de fotografías de contextos de excavación para todas las expediciones. Siendo una expedición que documentó una gran variedad de situaciones, la alta frecuencia de contextos de excavación denota un interés explícito en los mismos. Desde la expedición XIII a la expedición XVIII vemos que los contextos de excavación desaparecieron y que recién en la última expe-

dición (la XXV) volvieron a aparecer en las fotografías (Figura 4). Consecuentemente puede inferirse que en la primera expedición organizada por el Museo Etnográfico hubo un interés explícito por registrar visualmente los *contextos de excavación*, lo que puede ser explicado por un interés por parte de los investigadores de demostrar que el trabajo de campo arqueológico se realizaba y cómo se realizaba. Cuando ya no fue necesario que las expediciones se afirmaran institucional y académicamente, los investigadores dejaron de registrar fotográficamente *cómo* se realizaba el trabajo de campo (*contextos de excavación*) y privilegiaron el registro del *lugar en dónde* se trabajaba (situaciones de *sitio* y de *paisaje*).

Por ende, la presencia del elevado número de fotografías de *contexto de excavación* en la I expedición puede explicarse sin que se invalide este indicador de manera total. Hay dos razones plausibles para el elevado número de *contextos de excavación* en la I expedición. La primera es que hayan sido producto de la falta de estandarización del registro visual de la evidencia arqueológica. De esta manera, la gran cantidad de *contextos de excavación* estaría sustentada por la gran diversidad de situaciones documentadas en dicha expedición producto de la falta de protocolo de fotografía, ya que al no tener una pauta clara de qué situaciones fotografiar se fotografía todo y en gran cantidad. La segunda razón se acercaría a lo expuesto en el párrafo anterior: institucional, disciplinaria y académicamente, los investigadores necesitaban demostrar en la primera campaña el origen arqueológico de los artefactos. En esta ocasión, la cámara parece haber funcionado del mismo modo que el juez que en 1877 llevó Inocencio Liberani para notariar los hallazgos y los

dibujos de Hernández en Santa María⁵. Una vez establecida la probidad de los investigadores, la necesidad de legitimación visual (el registro fotográfico de los *contextos de excavación*) desapareció (Haber 1994: 36) y no volvió a ser introducida hasta mucho después del período bajo estudio (González 1985).

Un segundo indicador es el aumento del uso de los *planos enteros* y *primeros planos* con objeto de registrar el proceso de excavación en detalle. Lo que corroborado por los datos presentados en el Figura 3.

En las primeras expediciones vemos una neta predominancia de *planos generales* sobre *enteros*. Sin embargo, a partir de la expedición XVIII se produjo una inversión de la relación y pasaron a predominar los *planos enteros* (56%) por sobre los *generales* (44%). Esta tendencia se mantuvo en la última expedición, la XXV. Esta inversión diacrónica de la proporción entre *planos generales* y *planos enteros*, a favor de los segundos hacia el final de las expediciones, implica que los investigadores mostraron interés en aumentar el grado de detalle y resolución de las fotografías del trabajo de campo. Al mismo tiempo, esta tendencia implica también una estandarización de la variedad de planos utilizados a partir de las expediciones XI-XII, que disminuye hasta usar dos de los tres principales de la fotografía: el *plano general* y el *plano entero*.

En el paulatino aumento del uso de *primeros planos* se observa lo contrario a lo esperado: su uso está casi restringido a la I expedición (que tiene el 80% de *primeros planos* de toda la muestra). En las últimas dos expediciones que pueden

5 Debo agradecer profundamente al evaluador tres por haber sugerido la idea de la cámara fotográfica actuando a manera de juez que legitimase el trabajo de los arqueólogos.

ser analizadas individualmente, la XVIII y la XXV, no quedaron registrados. Es decir, que mientras se obtenía un grado de detalle más alto aumentando la frecuencia de los planos enteros por sobre los generales, no se consideró necesario aumentar la cantidad de *primeros planos* y por ende de la resolución de las fotografías. Esto puede deberse -como mencionamos en el apartado *Variación diacrónica del uso de tomas fotográficas*- a que los investigadores consideraron intercambiables los *primeros planos* con los *planos enteros* en la fotografía en el terreno, y por ende seleccionaron los segundos porque les otorgaban mayor profundidad de campo que los primeros. En este sentido, se puede considerar que la expectativa ha sido corroborada parcialmente: el grado de detalle varió positivamente en el transcurrir de las expediciones, pasándose de registrar planos generales a enteros. Sin embargo, no se consideró necesario registrar visualmente mucho más detalle por lo que los *primeros planos* dejaron de usarse, así como se dejan de registrar los *contextos de excavación* y los *artefactos in situ*.

Un tercer indicador sería el aumento de la explicitación visual de las técnicas y métodos de excavación: presencia de escalas (metros, regletas), flechas de posición, delimitación de cuadrículas, etc. Esta expectativa no se corrobora. Como se puede observar en el Figura 9, la presencia de implementos de trabajo arqueológico, sin bien con ligeras variaciones inter-expediciones, desapareció a partir de las expediciones XI-XII y recién volvió a aparecer en la XXV. Sin embargo, como ya se ha señalado, estos artefactos no eran reglas, regletas, escalas ni flechas de posición sino implementos para excavar, como palas y picos; por lo tanto su presencia no puede

ser interpretada como un proceso de estandarización de la toma de una fotografía con fines científicos.

Los cambios en la metodología de excavación registrada en la fotografía se encuentran relacionados con el inicio de su sistematización y disciplinamiento en las expediciones y la necesidad de que la fotografía funcione como parte del método de registro visual del trabajo de campo.

Los indicadores que responden a esta expectativa son:

- Inicio/aumento de artefactos y estructuras fotografiados *in situ*.
- Aumento de primeros planos a artefactos excavados.
- Explicitación visual de la superficie total excavada y de la delimitación de la excavación.
- Inicio/aumento de fotografías que muestren perfiles de excavación y metodología estratigráfica.

La expectativa sobre el cambio en la metodología de excavación no se corrobora con los datos obtenidos.

La mayor cantidad de *artefactos* fotografiados y de contextos de excavación se produce en la I expedición. De 10 fotografías con artefactos sobre 29 fotografías de la expedición I (34%) se pasa a 4 fotografías sobre 29 totales (13%) en las expediciones II-III, todas primeros planos. Pero si bien en estas expediciones el *artefacto* se encuentra en el lugar en el que fue hallado, aparece desvinculado de otras posibles asociaciones con otros materiales arqueológicos, que podrían aportarle una mayor significación contextual a la composición fotográfica. Es significativo que sea la expedición I que aporte la mayor cantidad de primeros planos de artefactos. Como mencionamos anteriormente, esto parece estar relacionado con una tendencia a la utilización de la fotografía como registro

de la veracidad del trabajo arqueológico de recuperación de los artefactos, funcionando en este caso como notaria de la evidencia (más allá de su contexto, que también era altamente fotografiado en esta campaña). La última expedición con un *artefacto fotografiado in situ* y que usó un *primer plano* fue la XI-XII (2 casos con artefactos de 16 totales, 10%), luego no se volvieron a fotografiar *artefactos in situ* en el campo ni tampoco a usar *primeros planos*. Como se evaluó cuando analizamos la posibilidad de un cambio hacia la estandarización de la toma fotográfica, los primeros planos no aparecieron después de la XI-XII expedición. Por lo tanto no se evidenciaría un cambio hacia el registro fotográfico de la metodología de excavación en las últimas expediciones.

La explicitación visual de la superficie excavada y de la delimitación de la excavación y el inicio/aumento de fotografías que muestren perfiles de excavación y metodología estratigráfica no se encuentra corroborada en la muestra. Las expediciones XVIII y XXV, no poseen ningún tipo de fotografía que demuestre la demarcación del área a excavar y de la metodología de excavación. Si bien predominan los *planos enteros* y situaciones de *sitio* documentados para estas dos expediciones lo que puede estar indicando un interés de los investigadores por registrar visualmente el lugar físico en donde se realizaban las excavaciones, no hay fotografías en ninguna de las expediciones que indiquen un cambio hacia el registro visual de la sistematización y rigurosidad de la metodología de excavación. Todo parece apuntar entonces a que la fotografía se habría constituido en un registro de la experiencia de campo y no del método de la excavación.

Conclusión

La hipótesis de este trabajo planteaba que a lo largo de los veinticinco años del período en estudio habría ocurrido un inicio de proceso hacia la sistematización tanto en el disciplinamiento de los métodos de trabajo de campo como en su registro visual fotográfico. Esto sólo pudo ser corroborado en lo referido a los cambios relacionados con la estandarización de la fotografía como registro del proceso de trabajo de campo, estandarización evidenciada por la disminución de tipos de planos registrados con predominio del uso de planos enteros y generales, y por la disminución de situaciones representadas, predominando las que denotaban el lugar en donde se realiza el trabajo de campo, como son las fotografías de sitios y paisajes. Sin embargo, no fue posible corroborar en el registro fotográfico el cambio hacia una mayor sistematización en el re-gistro del método de excavación.

En otros trabajos (Saletta 2010, 2011) hemos analizado la ausencia durante estos veinticinco años de un *habitus de visión* propio de la disciplina que se encuentra expresado en la baja sistematización y estandarización de la toma fotográfica: no se observan patrones específicos de representación visual de contextos, actividades de excavación ni artefactos. La fotografía como método del registro del trabajo de campo arqueológico parece haber estado relegada a documentar *dónde* se trabajaba y no *cómo* trabajaban los investigadores (Saletta 2011). Sin embargo, el análisis diacrónico de las fotografías a lo largo de los veinticinco años denota que hacia el final del período estudiado se comienza a notar un cambio, que implicaría el comienzo del disciplinamiento de la arqueología en lo que se refiere al *cómo*

se registraba visualmente el trabajo de campo: Esto se evidenciaría en la incipiente estandarización de las tomas fotográficas como parte del inicio de la formación de un protocolo regulado y reproducible de registro visual de la experiencia de campo.

Dado que cada paradigma científico (Kuhn 1972) establece sus propios criterios de rigurosidad y sistematicidad para organizar y representar el trabajo científico, identificar el comienzo de estandarización de la toma fotográfica es importante ya que puede marcar el inicio de un cambio en el *habitus de visión* de los investigadores al interior de su campo disciplinario. Dicho cambio se puede encontrar reflejado en la aparición de nuevos criterios de registro del trabajo científico que se llevaba a cabo en el campo (Kossoy 2001).

De esta manera, discutir con nuevas evidencias el posicionamiento metodológico de los investigadores en las primeras tres décadas del siglo XX respecto al trabajo de campo constituye una vía de acercamiento a la problemática sobre cuándo y por qué los nuevos métodos fueron introducidos y si existió concomitancia con un desarrollo teórico y metodológico de la arqueología. Las fotografías tomadas en el campo tienen la ventaja de hacer explícita la forma en que se realiza el trabajo de campo propiamente dicho y, por lo tanto, son un excelente material de análisis alternativo a la producción escrita de los investigadores (sean libretas de campo, informes manuscritos o trabajos publicados).

El estudio de la historia de la arqueología como disciplina científica puede generar nuevo conocimiento a partir

de un análisis que incluya otro de sus productos de su proceso de formación. Si por un lado los textos científicos son analizados por los interesados en dilucidar su epistemología, por el otro, incorporar un artefacto cultural como lo es la fotografía de campañas en el estudio del devenir la arqueología, puede otorgar un campo de visión mucho más amplio a la hora de generar conocimiento sobre la ciencia que se dedica precisamente al estudio de los artefactos culturales y sus contextos sociales de producción.

Agradecimientos

Este artículo no hubiera sido posible sin la inestimable guía, dedicación, continua enseñanza y apoyo de mi directora Dánae Fiore. También hemos contado con los sabios y oportunos consejos de Luis Orquera, quien también nos ha brindado la Asociación de Investigaciones Arqueológicas (AIA) como lugar de trabajo. Al AFyDME y Biblioteca del Museo Etnográfico en donde accedí al material que me permitió hacer la tesis de Licenciatura de la cual se desprende éste artículo. A CONICET. A los evaluadores, en especial al evaluador tres, quien hizo sensibles comentarios en diversas secciones que mejoraron el trabajo notablemente. A mis padres, Alicia y Rubén, y a mi hermano Juan Manuel, por su cariño y apoyo continuo. A mis amigas y amigos que han sido mi familia en Buenos Aires. A Mariela. A Federico Rubí, que hizo una corrección del manuscrito. A mis compañeras Pili y Mercedes por su compañía de todos los días en la AIA.

Bibliografía

Ambrosetti, Juan Bautista

1906 *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*. Publicaciones de la Sección Antropológica 1. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1907 *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (valle Calchaquí, Prov. de Salta)*. Publicaciones de la Sección Antropológica 1. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Barthes, Roland

1995 *El mensaje fotográfico. Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos y voces*. Barcelona. Paidós.

Bourdieu, Pierre

1994 El campo científico. *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia* N° 2, vol. 1, pp. 131-160

1998 *Un arte medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili S.A..

2007 *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Fernández, Jorge

1982 *Historia de la Arqueología Argentina*. Mendoza, Asociación Cuyana de Antropología.

Fiore, Danae.

2002 Body-Painting in Tierra del Fuego. The Power of Images in the Uttermost Part of the World. Tesis Doctoral Inédita, University of London, UCL, Londres.

2005 Fotografía y pintura corporal en Tierra del Fuego: un encuentro de subjetividades. *Revista Chilena de Antropología Visual* 6: 55-73.

2007 Arqueología con fotografías: el registro fotográfico en la investigación arqueológica y el caso de Tierra del Fuego. *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*. F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde (eds.). Ediciones CQUA. Punta Arenas. 767-778.

Foucault, Michel

2000 *Los anormales*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Gernsheim, Helmut

1986 *A Concise History of Photography*. Nueva York, Dover Publications.

Haber, Alejandro

1994 Supuestos teórico-metodológicos de la etapa formativa de la arqueología de Catamarca (1875-1900). *Publicaciones del CIFYH* 47: 31-54. Córdoba.

1999 Caspichango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 3: 129-141. San Pablo.

Hempel, Carl

1978. *Filosofía de la Ciencia Natural*. Madrid, Alianza.

Kossoy, Boris

2001 *Fotografía e historia*. Buenos Aires, La Marca.

- Kuhn, Thomas
1971 [1969]. La estructura de las revoluciones científicas. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Madrazo, Guillermo
1985 Determinantes y orientaciones en la antropología argentina. *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* 1: 13-56.
- Nastri, Javier
2003 Aproximaciones al espacio calchaquí (Noroeste argentino). *Anales* 6: 99-125. Universidad de Gotemburgo.
2004a. La arqueología argentina y la primacía del objeto. *Teoría arqueológica en América del Sur* 3: 213-231. G. Politis y R. Peretti (eds.) Olavarría, Incuapa, FACS, UNICEN.
2004b. Los primeros americanistas (1876-1900) y la construcción arqueológica del pasado de los Valles Calchaquíes (Noroeste argentino). En A. F. Haber (ed.), *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*: 91-114. Bogotá, Universidad de los Andes.
- Olivera, Daniel
1994. A corazón abierto: reflexiones de un arqueólogo del NOA. *Rumitacana* 1: 7-12.
- Pegoraro, Andrea
2005 "Instrucciones" y colecciones en viaje: redes de recolección entre el Museo Etnográfico y los territorios nacionales. *Anuario en antropología social*: 49-69. Buenos Aires. CAS-IDES.
- Podgorny, Irina
1999 *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas*. Buenos Aires. EUDEBA.
- Ramundo, Paola S.
2007 Los aportes de los investigadores pioneros a la arqueología del Noroeste argentino. *Temas de historia Argentina y Americana*, XI (Julio-Diciembre). pp 179-218. Facultad de Filosofía y Letras. Pontificia Universidad Católica Argentina.
- Ruby, Jay
1996 Visual Anthropology. En D. Levinson y M. Ember (eds.), *Encyclopedia of Cultural Anthropology* 4: 1345-1351. Nueva York, H. Holt and Co.
- Ramenofky, Ann and Anastacia Steffen.
1998. Units as tools of measurement. En Unit issues in archaeology: Measuring time, place and material. Ramenofky and Steffen (eds.) pp. 3-17. University of Utah Press. Utah.
- Saletta, María José
2008. La cámara discreta. La historia del desarrollo de la arqueología como disciplina científica en el NOA entre 1905 y 1930 vista a través de las fotografías tomadas en el campo. Tesis de Licenciatura inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
2010 La primacía del objeto en la práctica arqueológica en las fotografías tomadas durante los trabajos de campo en el NOA (1905 a 1930). *Relaciones de la Sociedad Argentina de antropología*. XXV. Pp XX-XXX
- Schiffer, Michael
1972. Archaeology context and systemic context. *American Antiquity* 37 (2): 156-165.

Spoliansky, Vivían; Pegoraro, Andrea y Laura Piaggio.

s/f. Arcos flechas y cartas. Un patrimonio en proceso de recuperación. <http://www.naya.org.ar/articulos/museologia07.htm>. Artículo sin fecha de publicación en internet: consultado en el mes de Julio del año 2005.